



IRIA G. PARENTE • SELENE M. PASCUAL

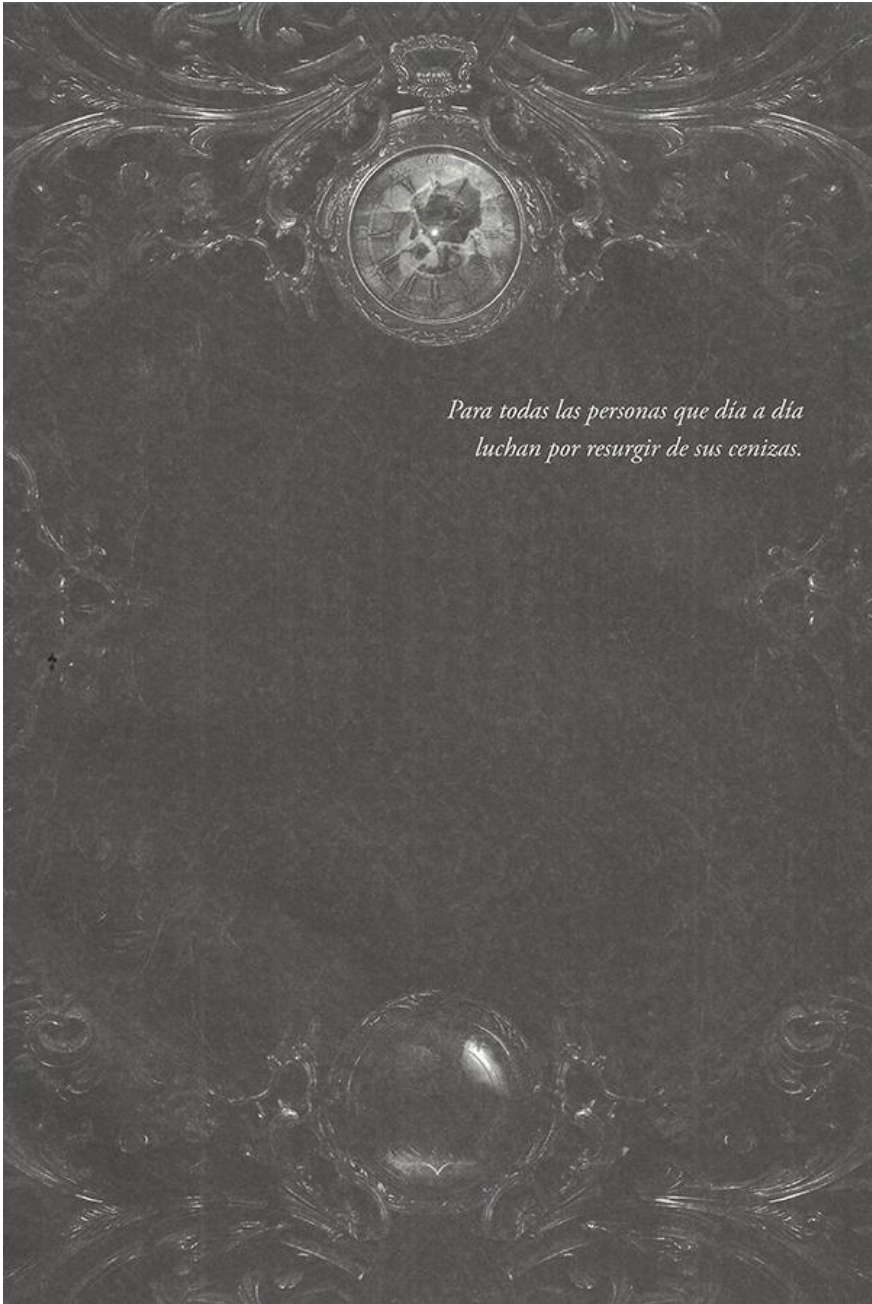
LA VENGANZA  
DEL UNICORNIO

Ilustraciones de Alejandra Hg

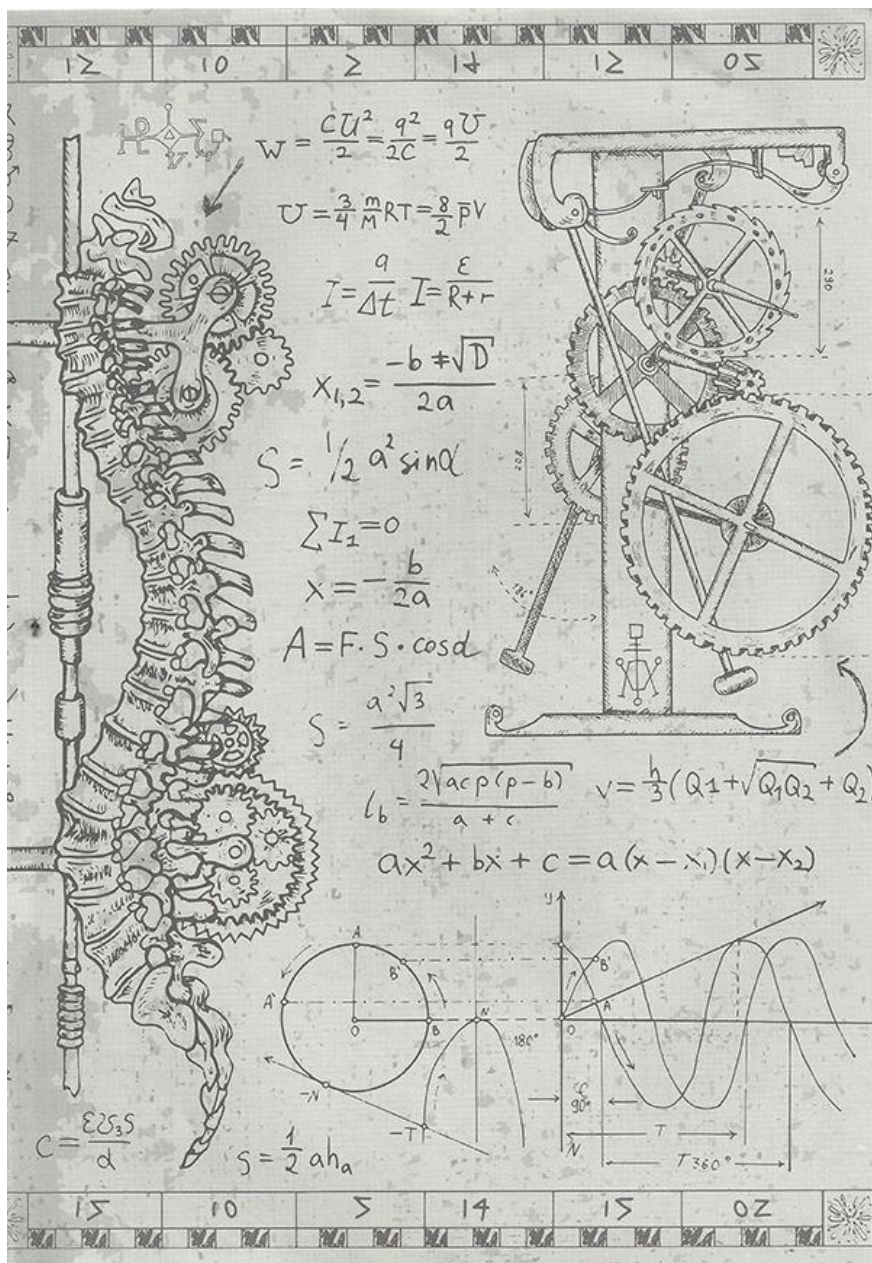
Tras el asesinato de uno de los suyos. Viria decide atacar Gineyka y conquistarla de una vez por todas. Lo que no espera es que Gineyka esté preparada y también ansíe la venganza.

El conflicto arrastra a todo el mundo en ambas tierras: Via y Neith se encuentran alistados en el ejército contra su voluntad, mientras que Irati Burgoa lucha por la memoria de una amiga perdida; su hermano Saroi, en cambio, sólo quiere huir de la mansión vicepresidencial, tanto como Arabella Medici del convento donde la han recluido. Por su parte, Eider Haizea ha comenzado a perder cualquier ápice de esperanza... Al igual que Aurora Solari, que se limita a ver los días de pasar.

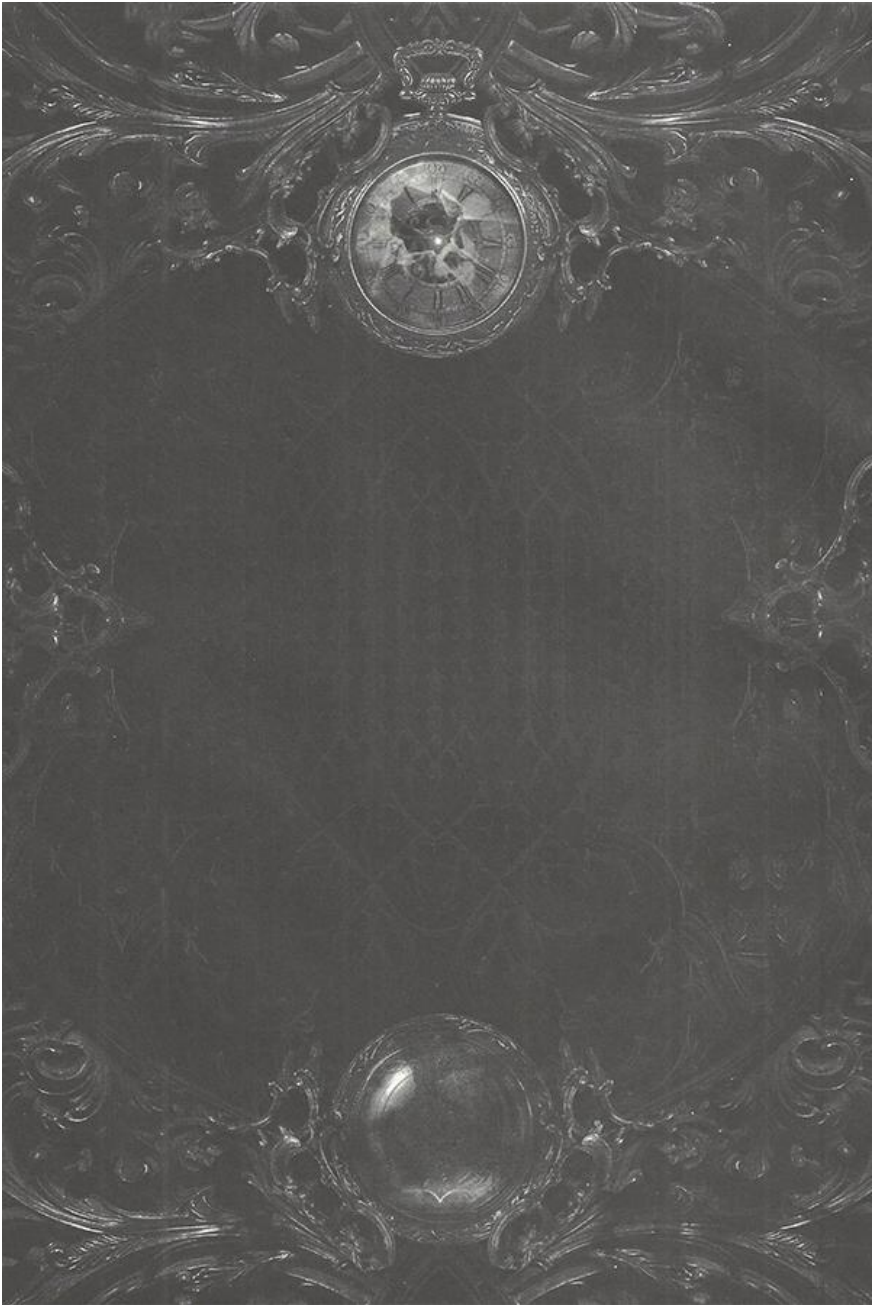
Mientras la guerra entre la nación del dragón y la del unicornio estalla, la Muerte observa y se pregunta cuántas víctimas se cobrará.

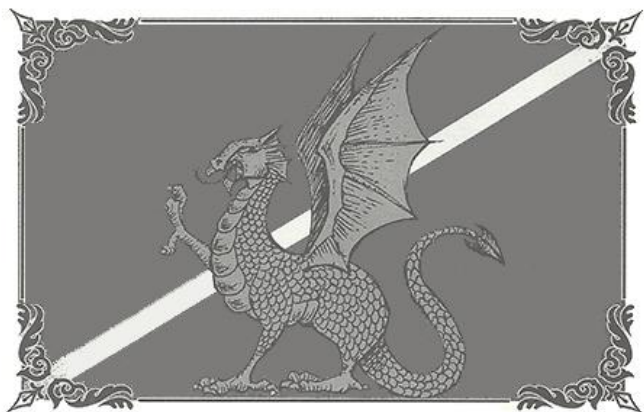


*Para todas las personas que día a día  
luchan por resurgir de sus cenizas.*

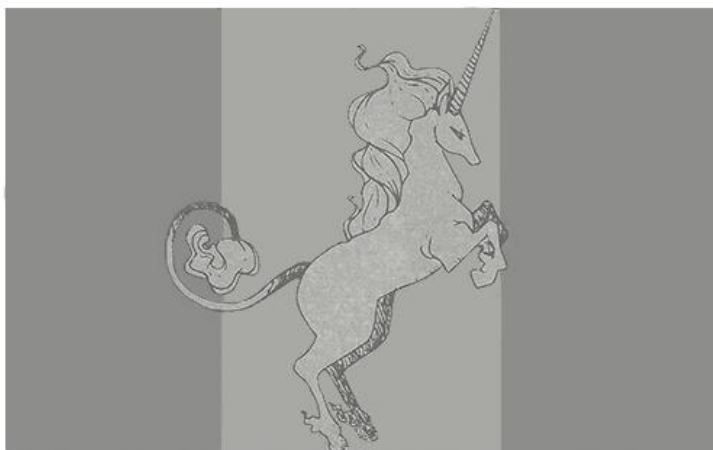








*Bandera de Viria*



## *Bandera de Gineyka*





# Capítulo I

La muerte  
entra y sale  
de la escena.

**16 de bost de 3705 d. G.  
Océano de Dartza, cerca de la costa de Gineyka**



ia Lavalle la vio llegar cuando las siluetas de una bandada de pájaros se convirtieron en cuerpos de metal con voces de metralleta.

**16 de bost de 3705 d. G.  
Océano de Dartza, cerca de la costa de Gineyka**

Neith Sinagra la escuchó susurrar los nombres de los caídos en cuanto los cuerpos comenzaron a tocar el suelo. También la escuchó llamarlo, seductora, pidiéndole que se dejase llevar, cuando la sangre empezó a manar de su pierna.

**16 de bost de 3705 d. G.  
Océano de Dartza, cerca de la costa de Gineyka**

Irati Burgoa aceptó ser su más fiel ayudante. Quizás habría dudado si no hubiera contado con la distancia que le otorgaba su aeronave o visto las expresiones de terror de las personas que caían bajo sus disparos. Pero no pensó en ello. Seguía órdenes, las del gobierno y las de aquella dama cadavérica y fría que ya se había llevado a su amiga semanas antes y que ahora bailaba y reía envuelta en sedas de un rojo recién pintado. A Gadea Haizea no había podi-

do protegerla, pero al menos podría proteger su nación. Si se ponía al servicio de la muerte, ella no tocaría nada más de lo que Irati amaba.

**16 de bost de 3705 d. G.  
Kiteria, Gineyka**

Saroi Koplari escribió sobre ella en los márgenes de una de las páginas de su cuaderno. Le dedicó versos rotos, versos incompletos, versos llenos de dolor por los tiempos en los que tenían que vivir. Versos que luego serían robados, que no podría llamar suyos. No le importó, porque era la única forma que tenía de ignorar las voces que salían de la radio, que hablaban de la muerte con la indiferencia de quienes se creen a salvo de su mano.

**16 de bost de 3705 d. G.  
Kiteria, Gineyka**

Eider Haizea podía verla. En su mundo, carente de formas o colores, era lo único a lo que podía poner rostro, ropas y expresión, con una precisión milimétrica. Había aparecido por primera vez cuando el cuerpo de su hermana se había enfriado bajo sus propias manos y no se había marchado de su lado ni un día tras aquello. No sabía qué quería de él aquella silueta vestida de blanco y de ojos saltones, y quizás eso era lo que más despreciaba de su presencia: su silencio. El silencio al que lo arrastraba a él, el silencio en el que había sumido a toda la casa vicepresidencial, el silencio al que lo condenaba todo.

**16 de bost de 3705 d. G.  
Kiteria, Gineyka**

Arama Haizea la sentía entre los huesos y su *kide*, Udane Koplari, no conseguía alejarla de ella ni siquiera con los abrazos más cálidos. Desde que su hija murió, Arama había dedicado más y más esfuerzos a la vida de la descendencia que le quedaba: si eso significaba que Eider estuviera protegido y vigilado cada segundo, así debía ser; si eso significaba que nadie en la casa vicepresidencial entrase ni saliese, esa era la decisión correcta. La mansión se convirtió en muralla, en estado de sitio, en búnker, en todo lo que debiera ser para que la muerte siguiera siendo sólo una sensación incómoda en vez de una visitante que regresara a por ellas.

**30 de Alter de 1853 d. S.**

***Arxia, Viria***

Aurora Solari le rezó al dirigirse a los Santos. No podía ya arrodillarse sobre los cojines de terciopelo de la catedral, pero aun así, desde la silla que apenas abandonaba más que para trasladarse a la cama, agachó la cabeza y juntó las manos. Se hizo pequeña y humilde, y en la capilla que habían improvisado en los últimos meses, en una esquina de su cuarto, pensó en los Santos y los convocó con todas sus fuerzas. Les pidió que se llevaran a aquella gente que tanto daño quería hacer al glorioso imperio que habían construido. Les pidió que protegieran a los soldados fieles a Viria; les rogó para que sus balas hiriesen los corazones herejes e impíos, porque eso era, al fin y al cabo, lo que su padre deseaba.

**30 de Alter de 1853 d. S.**

***Arxia, Viria***

Iulius Solari no la temía, como tampoco lo hacía Iacobus, que la había convertido en la única compañera con la que

podía compartir su vida desde hacía ya muchos años. Ellos estuvieron convencidos desde el primer momento de que había fuerzas más poderosas que aquella figura que algunos artistas representaban repleta de escamas y sin armas; su fe era una de esas cosas. Les había guiado en sus decisiones hasta aquel momento y les acompañaría también en la gloria que estaba por llegar.

***30 de Alter de 1853 d. S.  
Arxia, Viria***

León Lavalle se tocó el sombrero para saludarla, como la contrincante formidable que era. A veces la veía deambulando como un pájaro carroñero ante la entrada del hospital en el que todavía se hacían las revisiones a los hombres que deseaban alistarse, como si quisiera observar sus rostros antes que nadie. Como si estuviese señalando a sus próximas víctimas.

El continuo fluir de rostros saliendo por la puerta con el certificado médico que los hacía aptos se había reducido hasta convertirse en un goteo tranquilo, pero algunos de los médicos que solían trabajar allí se habían marchado con las tropas y el lugar estaba desolado. El doctor Lavalle se había sentido en la obligación moral de ayudar en su tiempo libre, aunque una parte de él sabía que lo hacía para no tener que volver a la casa demasiado grande y vacía en la que había vivido con su hermana hasta su marcha.

Cada mañana de aquel mes de Alter, León se había dedicado a otros en un intento de acallar su conciencia y aferrarse a la promesa que Vianna le había obligado a hacerse: pasara lo que pasara, sería fiel a sí mismo. No sabía, sin embargo, si podría mantenerse a salvo. El plan que había estado fraguando no estaba exento de peligro. Pero, si salía bien, podía ser el principio de algo mucho más grande que él. Y por eso valía la pena arriesgarse, decidió.

**30 de Alter de 1853 d. S.  
Convento de Santa Pyria de Iter, Viria**

Arabella Medici se despertó en la pequeña celda donde dormía con su mano macilenta entre los cabellos. Era cerca de la medianoche y el frío se colaba entre las piedras del convento, aunque ella sudaba de miedo. Las pesadillas la perseguían desde que la sacaron de la mazmorra para separarla de Valeria para siempre. Pesadillas en las que le ataban las manos y los pies, y la obligaban a presenciar las torturas más crueles. Pesadillas donde le cortaban los dedos para que no pudiera volver a escribir. Pesadillas en las que un hombre ponía un anillo de espinas en su anular.

Como todas las noches en esa rutina a la que empezaba a acostumbrarse, se levantó en la oscuridad, dejando sobre la almohada la memoria de aquellos malos sueños, y se vistió con sus ropas de luto. Dejó caer el velo sobre su rostro y se encaminó por pasillos subterráneos hasta la iglesia con las demás penitentes. Juntas, a ella le parecían un ejército todavía más peligroso que el que había salido a invadir Gineyka. Juntas, si salieran a las calles en vez de sentarse y arrodillarse entre los bancos para rezar y arrepentirse de sus pecados, podrían hacer algo grande. Podrían alzar sus voces para otra cosa que no fueran las oraciones interiorizadas durante su infancia. Podrían rebelarse, hacer caer a Viria y Aión.

Y entonces ella estaría al lado de la muerte para ver todo arder.

**16 de bost de 3705 d. G., Gineyka  
30 de Alter de 1853 d. S, Viria  
Inicio de la Guerra del Dragón y el Unicornio**

Muerte los observó a todos y cada uno de ellos. Su infinita mirada reparó en aquellos dos pedazos de tierra que se

creían los únicos del mundo y se preguntó por qué aquello pasaba una y otra vez: personas que se creían con el poder de forzar su llegada, que invocaban su presencia y que parecían desear dejar el mundo antes de tiempo. Es más, personas que se creían con el derecho de decidir a quién debía llevarse y a quién no.

Muerte ya había visto guerras suficientes para saber qué esperar de ellas. Así que, cuando los primeros caídos poblaron las cubiertas de dos barcos en el océano de Dartza, tan sólo se armó de paciencia y se paseó por el lugar para cerrar ojos y calmar almas. Algunos rechazaron su presencia; forcejearon, como siempre hacían los más atrevidos, pero al final no tuvieron más remedio que aceptar su abrazo.

Otros, en cambio, contemplaron sus ojos con alivio, porque sabían que había sido rápido y que al menos no verían el horror que estaba a punto de desatarse. Los más fieles siempre aceptaban su llegada con templanza y rezos, en pos de distintos paraísos cuya existencia Muerte nunca había sido capaz de negarles.

Cuando se marchó de aquellos barcos, fue consciente de que su trabajo no había hecho más que empezar.